

# Las muertes de la literatura

**Max Hidalgo Nácher**

Universitat de Barcelona

<https://orcid.org/0000-0001-8587-8995>

## 1. Muertes y sobrevivencias de la literatura

un cierto juego entre literatura y verdad [...]. Entre Platón y Mallarmé, cuyos nombres propios, aun aquí, no son referencias reales sino indicadores de comodidad y para un primero análisis, una historia ha tenido lugar. Esa historia fue también una historia de la literatura, si admitimos que la literatura nació y murió ahí, de modo que su acta de nacimiento como tal, la declaración de su nombre, coincidió con su desaparición<sup>1</sup>

Jacques Derrida “La double séance”

No hace tanto tiempo la literatura llegó a estar ligada a una cierta relación de intimidad con lo imposible. Desplegándose como una forma que se resistía al cierre del sentido, que relanzaba y difería al mismo tiempo, o como un modo específico de suspender y poner en cuestión los modos de decir, pensar y sentir recibidos, en ella se combinaban una fuerza de atracción junto con otra de repulsión. Como en Kafka, una obra podía ser una suerte de artefacto en el que “desde fuera solo se alcanza a ver un gran agujero, y enseguida se topa uno con la pared de roca natural” (907). O, como en Beckett, podía ir ligada a una imposibilidad radical de decir. Bajo una multiplicidad de texturas y figuraciones, y en una pluralidad de lenguas (en la que ella misma aparecía como una lengua extranjera), se presentaba como un objeto heterogéneo o una instancia incierta que exigía ser pensada y que, al mismo tiempo,

---

<sup>1</sup> Las traducciones de textos al castellano que en la bibliografía aparecen en otro idioma corresponden al autor de este ensayo.

no se dejaba pensar. Nuestra fábula podría empezar así, retomando míticamente un momento que acaso nunca fue pero que cabe conjeturar a partir de sus efectos, diseminados en algunos gestos críticos, en determinadas texturas, en una cierta actitud o insistencia en torno al estatuto suplementario o excesivo de una literatura que se constituía como tal en tanto ponía en crisis o en cuestión aquello que había sido designado hasta entonces como “literatura”, configurando y dando forma a un modo de escritura o a un régimen sensible de existencia histórica de lo escrito que, antes que un saber positivo, contendría en su núcleo ausente o constantemente desplazado una relación de intimidad con el no-saber.

Hay toda una constelación de enunciados que comparten ese suelo histórico. Forman parte de él los de Werner Hamacher, cuando sostenía que la filología es la repetición de aquello que nunca fue, o los de Giorgio Agamben, al plantear que se escribe en vistas al analfabetismo. También los de Barbara Cassin, cuando presenta la traducción como aquello que no deja de (no) ser traducido. En ese preciso punto, esos autores comparten con Derrida la atención no ya sólo por la singularidad, sino por la heterogeneidad del texto “literario”, el cual ni sería determinable de una vez por todas ni se identificaría mecánicamente con aquello deslindado en la historia o en un momento dado como “literatura”, sino que comparecería en tanto que fuerza capaz de *solicitar* los discursos recibidos, haciendo posible de ese modo, a partir de una imposibilidad o de una transformación, inquietar el pensamiento.<sup>2</sup>

El lugar de la literatura habrá sido así una suerte de espacio limítrofe o de no-lugar en el que entrarían en contacto los diversos discursos del saber, cuyos bordes habrá insistentemente desbordado. Foucault la presentaba en la carcajada que abría *Las palabras y las cosas* (1966), en el momento de auge del “estructuralismo”, como una *contra-ciencia humana*. Barthes se refería a ella en su lección inaugural del Collège de France, en 1977, como fuerza de subversión o como revolución permanente, al sostener: “Si, por no sé qué exceso de socialismo o de barbarie, todas nuestras disciplinas tuvieran que ser expulsadas de la enseñanza salvo una, debería salvarse la disciplina literaria, pues todas las ciencias están presentes en el monumento literario” (*Leçon* 433). La literatura

<sup>2</sup> Aquí remito a Analía Gerbaudo, quien emplea “el término ‘solicitar’ en el sentido derridiano de cuestionar, poner en duda, hacer ‘temblar’ u oscilar los fundamentos” (35).

contendría en filigrana al resto de saberes, rememorándolos o anticipándolos al ponerlos en escena. Por ello, y dado que nunca podría coincidir con un presente determinable de una vez por todas, la literatura sería constitutivamente anacrónica.

Ese anacronismo se muestra de múltiples maneras, y hace que la literatura nunca pueda someterse a una única temporalidad, pues en ella los tiempos se encabalgan. Tomemos un caso extraído de esa misma conferencia, en la que Barthes afirmaba: “Puedo pues decir indiferentemente: literatura, escritura o texto” (433). El crítico, que había insistido durante toda una década en las diferencias entre “texto” y “literatura”, entre “escritura” y “literatura”, y luego entre el texto “clásico” y el texto de “vanguardia”, puntuaba así al entrar en el Collège de France un cierto “fin de la vanguardia” victorioso, plegando la “escritura” y el “texto” sobre la “literatura”, que quedaba relanzada de ese modo. Ahora bien, el por-venir de la literatura quedaría aparentemente refutado por el mismo Barthes, un año después, poco antes de su muerte, cuando anunciaba en su seminario —no sin indicar que se trataba de la “exploración de un gran tema nostálgico”— la muerte de la literatura: “Algo ronda nuestra Historia: la Muerte de la literatura; erra a nuestro alrededor; hay que encarar ese fantasma, a partir de la *práctica*” (*La préparation* 49). Barthes apuntaba ahí a “esa sensación de que la *littérature*, como Fuerza Activa, Mito vivo, está, no en crisis (fórmula demasiado fácil), sino quizás *muriendo*” (353). Modulada con un *quizás*, y presentada como *fantasma*, se apuntaba a que el *Mito vivo* y la *Fuerza Activa* de la literatura acaso estuvieran en trance de desaparición.

Habría que volver con calma, y caso por caso, sobre esos finales que no han dejado de puntuar la existencia de la literatura desde su misma emergencia como cuestión, es decir, como potencia capaz de interpelar al pensamiento. Desde esa linde —que parece anunciar que la literatura nacería, como el Fénix, de sus muertes— se hace posible preguntar, en una interrogación que remite tanto al pasado como a nuestro por-venir, *¿qué habrá podido la literatura?*

## 2. “La faute à M. Blanchot” o el terror en la literatura

Nunca he sabido contar una historia [...]. ¿Por qué estoy privado de narración?

Derrida *Mémoires pour Paul de Man* 27

Birth was the death of him  
Beckett “A Piece of Monologue”

Algo de la potencia de la literatura habrá atravesado la obra de Derrida desde sus primeros escritos sin necesidad de referirse a ella. Ahora bien, aquí querría partir de una de sus últimas reflexiones sobre la literatura, sostenidas poco más de un mes después de la muerte de Blanchot como cierre del coloquio “Maurice Blanchot, récits critiques”, el 29 de marzo de 2003. En esa intervención, titulada “Maurice Blanchot est mort” (entre comillas en el original), recordaba “La literatura y el derecho a la muerte”, de 1947-1948, y volvía —sin aludir a ellos— sobre sus propios años de formación. Bajo el signo de la muerte de Blanchot, aludía a una suerte de sobrevivencia en la que no cabría ningún tipo de *superación* (ni, por lo tanto, de *supervivencia* ni *conservación*), y que le llevaría a dejar escrita, para su propio entierro, la siguiente exhortación: “Preferid siempre la vida y afirmad sin cesar la sobrevivencia...”. Se trata de una escena imposible: Derrida, el 12 de octubre de 2004, dirigiéndose a los asistentes a su entierro, a través de una nota manuscrita que leería su hijo Pierre.

Esa muerte acaso querría presentarse como la confirmación de un cierre de época, el cual pondría fin a un grupo de pensadores franceses —entre los que se incluyen Foucault (1925) y Deleuze (1926) junto al propio Derrida (1930)— que empezó a publicar sus escritos en los años sesenta, y para los que la literatura se presentaba como potencia y límite del pensamiento. Esa generación —que heredaba y relanzaba las propuestas de Bataille (1897), Lacan (1901), Blanchot (1907) o Barthes (1915)— había accedido a la mayoría de edad en un contexto de posguerra en el que Sartre venía de establecer los términos de la pregunta por la literatura al proponer su *política de la prosa*, la cual sometía y reducía la literatura al concepto, condenando a la minoría de edad y a una infantilidad estéril algunas de las experiencias literarias como las de Baudelaire, Mallarmé, Lautréamont o Artaud, las cuales serían revalorizadas por la siguiente generación.

Derrida se referiría a aquellos años recordando que, en su adolescencia, “el existencialismo, Sartre, Camus, estaban presentes en todas partes” —lo que no le impedía aludir al “recuerdo del surrealismo”, el cual “seguía vivo todavía” (“Esa extraña” 116). Ese recuerdo vivo de sus años de formación adquiriría una densidad específica en torno al nombre de Bataille, a quien Sartre había presentado en 1943 como un *nuevo místico* que daba forma a “un ensayo-mártir” (“Un nouveau mystique” 134) en el que se oficiaba “un pequeño holocausto de las palabras de la filosofía” (145). Que Derrida no olvidaría aquel tiempo lo muestran una multitud de huellas en su escritura. Entre ellas, la siguiente frase, que no deja de ser una respuesta diferida al ensayo de Sartre catorce años después de su publicación: “Bataille no es en ningún caso un nuevo místico” (“De l'économie” 400). Además de aludir a Bataille, Sartre también se refería en sus escritos de principios de los años cuarenta a Blanchot, al que presentaba como novelista comparándolo con Camus. En esos debates estaba en juego la refundación, en plena Ocupación, de la novelística y el ensayo filosófico franceses, en el que Sartre, que tomaba partido por Camus en detrimento de Blanchot, criticaría la prosa de Bataille para oponerle su propia escritura ensayística en nombre de su superioridad filosófica, por una supuesta falta de dominio de los útiles filosóficos. Sartre leía ese mismo año el *Aminadab* de Blanchot y le achacaba presentar “lo fantástico desde fuera” (“*Aminadab*” 124), haciendo que lo que en Kafka formaba parte de la vivencia quedara degradado al rango de mera convención literaria: “Par la faute de M. Blanchot” (130).

En un autor como Sartre, para quien la conciencia y la interioridad eran dos valores, la *experiencia interior* de Bataille, que desbordaba la conciencia, y el *espacio literario* de Blanchot, que se afirmaba en la exterioridad y en el *pensamiento del afuera*, no podían menos que ser censurados. Ahora bien, fueron justamente esos autores quienes sostuvieron durante aquellos años una imagen de la literatura y del pensamiento que daría a la nueva generación algunos elementos clave para desbordar las propuestas sartreanas y, posteriormente, también las de la ciencia estructural.

El propio Derrida llegaría a Blanchot, irónicamente, a través del artículo de Sartre (Bident 461). Y lo haría a finales de los años cuarenta, coincidiendo aproximadamente, pues, con la fecha en la que Blanchot publicó “La literatura y el derecho a la muerte” en *Critique*, revista en la que Derrida, Foucault y Deleuze darían a leer años después algunos de sus primeros textos, situados

en un entre-lugar entre literatura y filosofía. Ese ensayo volvía sobre el acontecimiento de la lectura y la escritura, planteando el problema del habla y de la nominación y proponiendo una interpretación del Terror referido por Hegel, en una lectura que no dejaba de evocar el problema literario aislado por Paulhan en *Las flores de Tarbes*, publicado en 1941 bajo la Ocupación y subtítulo, significativamente, *el Terror en las Letras*.

### 3. Las flores de la retórica: arqueologías de la desconstrucción

*Las flores de Tarbes* —y la lectura que hace de ellas Blanchot— se insertan en una serie literaria de *flores verbales* abordado por Paulhan de modo reflexivo, y sobre la que volverá el propio Derrida al final de su vida. Esa tradición, que Paul de Man remontaba hasta Rousseau, atraviesa *die blaue Blume*, la flor azul de Novalis en *Heinrich von Ofterdingen* (1802), y el poema de Hölderlin “Brot und Wein” (“Pan y vino”) de 1801-1802, el cual ya aludía a las flores y al lenguaje: “Worte, wie Blumen, entstehn” (“las palabras, como flores, brotarán”), y que merecería los comentarios de Heidegger. La poética del romanticismo habría supuesto, como escribía De Man, “un cambio profundo en la textura de la dicción poética” (81), que pasaría a estructurarse a partir de una tensión entre imaginación y naturaleza, polaridad que atravesaría la relación entre las flores y el lenguaje. Cabría preguntarse, pues, por el lugar que han ocupado las flores en la literatura y por el modo en el que estas se han insertado o ensartado en la escritura literaria, desde *Las flores del mal* de Baudelaire hasta el “digo: *una flor!*” de Mallarmé. Lo mismo pasaría con *Las flores de Tarbes* de Paulhan, que partían de un aviso visto a la entrada de un parque en Tarbes: “ESTÁ PROHIBIDO ENTRAR EN EL JARDÍN CON FLORES EN LA MANO”. “Nos lo encontramos también”, continuaba, “en nuestros días, a la entrada de la Literatura” (28). Paulhan mostraba cómo los diversos movimientos literarios surgidos desde el romanticismo habrían acusado a sus predecesores de absolutizar un principio destruido por los últimos en nombre de un principio más fundamental. Las diversas poéticas se sucederían las unas a las otras a partir de la negación de las precedentes, haciendo emerger el carácter destructivo de la literatura moderna, la cual se fundaría en un rechazo en el que cobraría forma, en último término, la problemática del Terror. La paradoja

sería que la crítica al *retoricismo* de los sucesivos movimientos se volvería inmediatamente contra ellos mismos. Ahora bien, por mucho que Paulhan abogara por una vuelta al orden o por una restauración prerrevolucionaria —“sin embargo, estaría bien ver a las chicas de Tarbes (y a los jóvenes escritores) llevar una rosa, una amapola, un ramo de amapolas” (28)—, su texto podía ser leído por Blanchot en su reseña de 1941 (“¿Cómo es posible la literatura?”) como una descripción de un problema inherente a esa extraña institución llamada literatura, cuyo espacio pasaría a balizar a partir del fin de la guerra. Lo que, si leemos a De Man, no tendría que sorprendernos demasiado, pues ese tipo de artefactos estarían abocados a ser (mal)interpretados en una suerte de permanente *misunderstanding*.

#### 4. Inscripciones de la letra: el texto imperceptible / la lectura nula

Estos rodeos permiten sugerir cómo algo de la potencia de la propuesta derridiana estaría ya en juego en unas escrituras no estrictamente filosóficas, liberadas justamente en el momento en el que lo que tradicionalmente se había llamado poesía o literatura tocaba su límite y, al hacerlo, se revolvió contra sí poniendo en crisis al mismo tiempo las certezas de su “exterior”.

Detengámonos en Blanchot: “La literatura y el derecho a la muerte”, que expandía la lectura de “¿Cómo es posible la literatura?”, era, entre otras cosas, una refutación punto por punto de los principales presupuestos sartreanos. Aunque en el ensayo no se citara en ningún momento a Sartre, ya la frase de abertura era una respuesta a las tesis de *Qué es la literatura*: “Podemos sin duda escribir sin preguntarnos por qué se escribe” (293). En cuanto a Bataille, su discusión con Sartre resonaba en *La experiencia interior* cuando escribía: “El proyecto es la prisión de la que quiero escaparme” (73). Bataille llegaría a sostener, afirmando en nombre de la poesía *el proyecto de abolir el proyecto*, que “la experiencia interior es proyecto, aunque no se quiera”: “lo es, ya que el hombre lo es por completo por el lenguaje que, por esencia, con excepción de su perversión poética, es proyecto. Pero el proyecto no es ya en este caso aquel, positivo, de la salvación, sino aquel otro, negativo, de abolir el poder de las palabras, es decir del proyecto” (35). Así, el “principio de la experiencia interior” consistiría en “salir por un proyecto del dominio del proyecto” (60). El juicio de Sartre en 1943 era categórico: “somos proyecto,

a pesar de nuestro autor [...]. El resto es asunto del psicoanálisis” (“Un nouveau mystique” 174). Ahora bien, lo que a Sartre se le aparecía como una inconsistencia filosófica sería, desde otro punto de vista, el anuncio de un pensamiento por-venir, que sólo podía emerger en un primer momento como monstruosidad. Blanchot respondía nuevamente a Sartre cuando sostenía: “El escritor no puede proponerse como proyecto” (“De l’angoisse” 15). Por esos movimientos, la escritura quería arrancarse del ámbito del proyecto al que había sido confinada. Ahora bien, para ello no bastaría con *negar* el proyecto, sino que se haría necesario someter dicho concepto a un *trabajo de escritura* que lo hiciera fracasar, abriendo la posibilidad de otra cosa. Ese trabajo de escritura es el que estaba en juego, por ejemplo, en el *odio de la poesía* de Bataille, quien se veía obligado a llevar la poesía hasta el límite para afirmar que “*la poesía que no se eleva a la ausencia de sentido de la poesía no es más que el vacío de la poesía, que bella poesía*” (*L’impossible* 84). Ese *odio de la poesía* sería para Bataille otro nombre de *lo imposible*, a partir del cual Lacan formularía su concepto de *lo real* (Roudinesco 188).

Cuando Blanchot aludía a una literatura que “expresa sin expresar” (“La littérature” 327), a “esa muerte sin muerte” (327), a una exigencia sin exigencia (*Lláv* 43), al ser como ausencia de ser (55) o a la esencia de la literatura como desprovista de cualquier determinación esencial (273) no estaba negando un término para superarlo, ni tampoco haciendo girar la retórica en el vacío, sino injertando su propio texto en un discurso previo, que así solicitaba. En esas operaciones —así como en los desplazamientos a los que sometiera Bataille las nociones de *comunicación* y de *soberanía*— podemos ver un gesto destructivo *avant la lettre*, que Derrida habrá caracterizado como “la lógica del sin: x sin x” (*Parages* 91 y 151), el cual relanzaba la memoria de otras inscripciones textuales que desplazaban la idea recibida de literatura, y que aquí se ponían en contacto con la filosofía sartreana para desbordarla.

Las operaciones de la escritura y de la lectura, que pasaban a ser tematizadas como tales, ya no podían ser pensadas desde un punto de vista instrumental. Escribía al respecto Blanchot en los años cincuenta: “Leer, escribir, no dudamos que esas palabras estén llamadas a jugar en nuestro espíritu un rol muy diferente al que jugaron aún a comienzos de este siglo” (*Lláv* 275). ¿Podía la escritura dejar de ser un medio de expresión del pensamiento o de desvelamiento de lo real? Y la lectura, ¿podía cesar de presentarse como una

vía de acceso a las ideas del autor o a algún tipo de diálogo con él? La distinción radical que Blanchot establecería entre *lectura* y *publicación* colocaba *lo publicado* justamente en el lugar de *lo ilegible* (por *ya leído*): “Publicar no es hacerse leer, ni ofrecer alguna cosa a la lectura. Lo público, justamente, no necesita ser leído; ya es conocido de antemano, de un conocimiento que todo lo sabe y que no quiere saber nada” (*Lláv* 334). La lectura pasaba así a estar ligada, pues, no tanto a una restitución del sentido como a un salto en el continuo —al que Blanchot se referirá como escritura diurna (Nancy). El lenguaje de la ficción constituiría “una experiencia que, ilusoria o no, aparece como un medio de descubrimiento y un esfuerzo, no para expresar lo que se sabe, sino para experimentar lo que no se sabe” (“Le langage” 83). De ese modo, el problema de la escritura, redoblado en el de la lectura, habrá permitido poner en cuestión el discurso del saber, abriéndose hacia su dimensión nocturna, la cual permite presentar al escritor como “el insomne del día” (*L’écriture* 185).

Cabe extraer de esa relación de lectura, y del hueco excavado por su trama, la noción de texto. Texto que implicará una reserva, una coincidencia “originaria” entre la escritura y lo leído, y que —en tanto que nunca presente— remitirá al inconsciente de la obra. Como escribía Derrida al comienzo de “La farmacia de Platón”, “un texto no es un texto si no oculta a primera vista, al primer llegado, la ley de su composición y la regla de su juego. Un texto permanece además siempre imperceptible. La ley y la regla no se abrigan en lo inaccesible de un secreto, simplemente no se libran nunca, en *presente*, a nada que pueda nombrarse de modo riguroso una percepción” (“La pharmacie” 79). El texto no podría nunca darse en presente ni cerrarse en una identidad: “Al estar la textualidad constituida de diferencias y de diferencias de diferencias, es por naturaleza absolutamente heterogénea y está en contacto sin cesar con fuerzas que tienden a anularla” (122).

Blanchot ya había sostenido en los años cincuenta que “la esencia de la literatura consiste en escapar a cualquier determinación esencial, a cualquier afirmación que la estabilice o incluso que la realice: nunca está ya ahí” (*Lláv* 293). *Nunca está ya ahí*: no puede asignársele, pues, ningún presente. Esa caracterización de la experiencia literaria no sólo pondría en crisis la comunicación y las representaciones heredadas, sino la propia metafísica de la presencia. Ahora bien, por aquellos años, Blanchot todavía contraponía

esa lectura a la del libro no literario, el cual “se ofrece como una red tupidamente tejida por significaciones determinadas”, de modo que, “antes de que nadie lo lea, el libro no literario ya ha sido leído por todos, y esa lectura previa le asegura una firme existencia” (*Lel*, 256). Es por ello que “el autor que escribe precisamente para un público en verdad no escribe: es el público el que escribe y, por esa razón, ese público no puede ya ser lector; la lectura no es más que una apariencia, en realidad es nula” (“La littérature” 299). Ahora bien, esas afirmaciones de Blanchot de los años cuarenta y cincuenta se transformarán, asumiendo una apuesta más radical si cabe, tras su lectura de Derrida de los años sesenta (Bident 462). Así, introduciendo el concepto de “texto”, y yendo más allá de la literatura, escribirá Blanchot en *L'écriture du désastre*: “Cualquier texto, por muy importante, placentero e interesante que sea (y cuanto más da la impresión de serlo), está vacío” y, para leerlo, para comprenderlo, “hay que franquear un abismo” (23).

Pensar el lenguaje en tanto que escritura suponía inquietar el estatus de la presencia al vincularlo a la presencia de una ausencia y al horadar la *comunidad de origen* en nombre de otra comunidad inconfesable. Derrida, junto a algunos de sus contemporáneas, consiguió desestabilizar el campo de las ciencias humanas —que se articulaba ya *en torno de* la figura de Lévi-Strauss y de los conceptos de signo, relación y estructura—, movilizando ese exceso o suplemento literario y reintroduciendo la cuestión ontológica y la pregunta por un origen que ahora tendría que aparecer bajo las formas de la muerte, el terror o —gráficamente— la tachadura: *el ser o l'être : lettre : literatura*. O, en términos lacanianos, *lituraterre*, donde en el juego anagramático de la *literatura* todavía resuena —junto con el error, la errancia y la tachadura— el terror en las letras. Por lo que cabe sostener que la literatura, en Derrida, no habrá sido tanto un tema o un objeto como una fuerza o una potencia de transformación o de destitución ligada al no-saber.

Así, la relación de Derrida con Blanchot o Bataille que aquí sugerimos no sería tanto de influencia o de filiación como de contacto. Se trataría de una relación textual —por fuerza anacrónica— en la que la escritura de Derrida se habrá dejado afectar por esa experiencia literaria. Así, cuando el filósofo franco-argelino refería que en su escritura, lo mismo que en el estilo de Lacan, estaría en juego “un modo de *afectar* la lengua francesa, o de *dejarse afectar* por ella” (*De quoi* 31), apuntaba a una experiencia de

contacto con el campo de experimentaciones “literarias”, entendiéndolo por ello todo aquello que en la literatura excede la literatura —donde se incluyen, por lo tanto, las *lecturas* a las que esta fue, es y sea sometida como imprescindible suplemento.

## 5. Muertes, sobrevivencias, diseminaciones

Hasta la muerte, todo es vida.  
Sancho Panza, en *El Quijote* de Miguel de Cervantes,  
cap. LIX, segunda parte

En una de sus últimas intervenciones públicas sobre literatura (¿acaso la última?), Derrida habrá vuelto, una vez más, sobre Blanchot. Esa conferencia, titulada “Maurice Blanchot est mort” y pronunciada el 29 de marzo de 2003, la leería apenas un mes después de la muerte del escritor y de la lectura que el filósofo sostuvo en su ceremonia de incineración. Su doblez radica en que su título —que puede traducirse como “Maurice Blanchot *ha* muerto” o como “Maurice Blanchot *está* muerto”— podría ser tomado, además, como *uso* o como *mención*, como afirmación o como cita: “cito la frase pero no garantizo ni asumo su verdad, puede ser una noticia falsa, un rumor, una creencia asumida ingenuamente —o literatura” (“Maurice Blanchot est mort” 595). Después de haber leído a Blanchot, ¿cómo estar seguros del estatuto de esas palabras?

Esa intervención, cuya primera parte podría ser leída como una crítica al escritor, se muestra, en un segundo momento, como prolongación o relanzamiento de su escritura. Leyéndola, cabría preguntarse si Derrida estaba desconstruyendo el pensamiento de Blanchot o si más bien describía el ejercicio de desconstrucción que Blanchot llevara a cabo en torno al derecho y a la muerte, a propósito de la literatura. No se trataría tanto de negar la posibilidad de criticar el lugar que ocupa la muerte (y el derecho a la muerte) en el pensamiento de Blanchot como de señalar —lo que hacía *explícitamente* el propio Derrida— que esta ya se encontraba en la propia escritura del crítico. Esa resistencia permitiría pasar del “filosofema clásico de todas las grandes filosofías del derecho favorables a la pena de muerte” (603), que incluyen a Kant, a Hegel y a Rousseau, a otra filosofía como derecho a la vida y abolición de la pena de muerte. A fin de cuentas, ¿acaso Derrida no

había incorporado sutilmente a su obra la lógica del *x sin x* que refería a propósito de Blanchot? Y no sólo eso, sino que la había asociado —a partir de algunas precisiones— al nombre de la *destrucción*. Al leer esa intervención de Derrida que sucedía en un mes a la muerte del amigo, y que antecedería en un año y medio a su propia muerte (pero ¿qué significan esas “muertes”?), no podemos evitar pensar que Derrida estaba apuntando hacia una arqueología de su propio *pensamiento* y de su propia *escritura* (donde cabría *diferenciar* y *hacer diferir* ambos términos). Y lo hacía volviendo a sus primeras lecturas de Blanchot, que remontaban a la linde de su propia mayoría de edad y, a través de ellas, a una cierta idea de la literatura que representara Paulhan, quien emergía tímidamente en la lectura de Derrida en un paréntesis al paso de una cita de Blanchot que quedaría sin desarrollar. En ese fragmento se recordaba además a Hegel a través de otra cita que volvería en diversas ocasiones en el texto de Blanchot (“la vida lleva la muerte y se mantiene en la propia muerte”), y en la que cabría aludir también a la lectura que Kojève hizo de él en sus cursos recopilados en *La introducción a la lectura de Hegel*. Aunque aquí no quepa desplegar la cuestión, esos dos ejes que balizan (como *meros indicadores*) los nombres de Paulhan y Kojève pueden ser tomados como puntos de partida destacados, junto con los de Heidegger y Mallarmé, a partir de los cuales Blanchot injertaba su propia escritura y relanzaba el pensamiento de la literatura.

Al evocar esos estratos del texto derridiano sugiero que de Blanchot cabría predicar aquí algo de lo que sostuvo Derrida a propósito de Joyce:

Toda obra literaria “traiciona” el sueño de una nueva institución de la literatura. Lo traiciona primero revelándolo: cada obra es única y es una nueva institución para sí sola. Pero también lo traiciona al causar su fracaso: en tanto es única, aparece en un campo institucional preparado para que se recorte en él y se sustraiga de él: El *Ulises* llega como una novela entre otras que uno coloca en el estante e inscribe en una genealogía. Tiene sus ancestros y sus descendientes. Pero Joyce soñó con una institución especial para su obra, inaugurada por ella como un nuevo orden. ¿Y acaso no lo consiguió, hasta cierto punto? Cuando he hablado sobre esto, como lo hice en *Ulises gramófono*, tuve de hecho que comprender y compartir también su sueño: compartirlo no solo en el sentido de hacerlo mío, de reconocerlo mío, sino que lo compartí *perteneciendo al sueño* de Joyce, *tomando parte* en él, paseando por *su* espacio. ¿Acaso no somos hoy gente o personajes constituidos (como lectores, críticos, profesores) en y a través del sueño de Joyce? ¿No somos acaso el sueño de Joyce, los lectores de su sueño, aquellos que él soñó y que nosotros a nuestro turno soñamos con ser? (“Esa extraña” 149-150)

La pregunta ahí sería *hasta qué punto* Derrida no siguió formando parte del sueño de Blanchot; es decir —sin necesidad de detener la lectura demasiado pronto, ni de ser injustos con Derrida—, hasta qué punto no relanzó su legado más allá del mismo, contribuyendo a su diseminación. La cuestión a la que daba forma “La literatura y el derecho a la muerte” —y que aquí dejo en suspenso— no era sólo la de la muerte, sino también la de la imposibilidad de morir que también estaba en juego en *L'arrêt de mort*, un relato de 1948 de título intraducible. La importancia de Paulhan en el texto de Blanchot es innegable; y en ella resuena ya su reseña de 1941, que empezaba así: “Hay dos maneras de leer *Las flores de Tarbes* de Jean Paulhan” (“Comment” 92). Y bien, ¿no es *justamente eso* lo que propondría Derrida respecto a “La literatura y el derecho a la muerte”, la posibilidad de una *doble lectura*? Una primera lectura que tomaba los enunciados en tanto que *obra* o querer decir de un autor y los situaba en una máquina argumentativa preexistente, insertándolos en unos discursos y en un horizonte de sentido que les aseguraban su coherencia; y una segunda que atendería al trabajo de escritura al que ese *texto* sometía los conceptos con los que trabajaba, los cuales, a través de un gesto reflexivo, pasarían a ponerse en cuestión, dirigiéndolos hacia su *déseuvement*. En su ensayo de finales de los cuarenta, al plantear el Terror como el núcleo de la literatura, más que aceptar *el filosofema clásico de todas las grandes filosofías del derecho favorables a la pena de muerte*, y tal como explicitaba, *reconstituía su núcleo argumentativo* (“Maurice Blanchot est mort” 603). Y ¿cabría añadir que, al reconstruirlo, permitía *declinarlo*? Pues esa reconstrucción iba acompañada de un trabajo específico sobre la noción de *muerte*, la cual pasaba a convertirse en “imposibilidad de morir” (“La littérature” 325) ¿Cuál sería esa muerte a la que se refería Blanchot, esa “muerte sin muerte” (327) que no llegaba nunca y que, cuando llegara, haría emerger la imposibilidad de lo posible?<sup>3</sup> Escribiría Blanchot: “Si la muerte es lo real, y si lo real es lo imposible, nos acercamos al pensamiento de la imposibilidad de la muerte” (*L'écriture* 186).

¿Cómo medir, pues, la tensión entre el filosofema del derecho a la muerte y el trabajo textual al cual era sometido? ¿Y cómo no dejar de recordar las filosofías de la vida y del derecho a la vida, sin ceder al terror, a la

<sup>3</sup> “Si la muerte es lo real, y si lo real es lo imposible, nos acercamos al pensamiento de la imposibilidad de la muerte” (Blanchot *L'écriture* 186).

dimensión de terror que las subtiende? Según Derrida, ocupándose morosamente de la muerte, Blanchot no habría dejado en ningún momento de afirmar la vida. “*Preferir* la vida, hasta el final” (“À Maurice Blanchot” 327), sostendría el filósofo en la ceremonia de incineración de su amigo.

Entre el derecho a la vida y el derecho a la muerte, en una lógica en la que se encabalgan la sobrevivencia y las potencias de la diseminación, entre su pasado y su por-venir, acaso pueda sostenerse respecto a la literatura algo parecido a lo que sostenía Derrida de Blanchot en aquella ceremonia de despedida: podemos decir que muere sin desaparecer, también que desaparece sin morir (329).

## Bibliografía

- Barthes, Roland. *Leçon* (1978). En *Œuvres complètes V*. París: Seuil, 2002.
- . *La préparation du roman I et II. Cours et séminaires au Collège de France (1978-1979 y 1979-1980)*. Ed. Nathalie Léger. París: Seuil/IMEC, 2003.
- Bataille, Georges. *L'expérience intérieure*. París: Gallimard, 2008 [1954].
- . *L'impossible*, en *Œuvres complètes III*, París: Gallimard, 1971.
- Beckett, Samuel, “A Piece of Monologue”. *The Complete Dramatic Works*. Londres: Faber & Faber, 1986.
- Bident, Christophe. *Maurice Blanchot, partenaire invisible*. Mayenne: Champ Vallon, 1998.
- Blanchot, Maurice. “Comment la littérature est-elle possible?”. *Faux pas*. París: Gallimard, 1943.
- . “De l’angoisse au langage”. *Faux pas*. París: Gallimard, 1943.
- . “La littérature et le droit à la mort”. *La part du feu*. París: Gallimard, 1949.
- . “Le langage de la fiction”. *La part du feu*. París: Gallimard, 1949.
- . *L'écriture du désastre*. París: Gallimard, 1980.
- De Man, Paul. “La estructura intencional de la imagen romántica”. *La retórica del romanticismo*. Madrid: Akal, 2007. Traducido por Julián Jiménez Heffernan.
- Derrida, Jacques y Élisabeth Roudinesco. *De quoi demain... Dialogue*. París: Flammarion, 2001.
- Derrida, Jacques. “De l’économie restreinte à l’économie générale. Un hegelianisme sans réserve”. *L'écriture et la différence*. París: Seuil, 1967.
- . “La double séance”. *La dissémination*. París: Seuil, 1972.
- . “La pharmacie de Platon”. *La dissémination*. París: Seuil, 1972.
- . *Parages*. París: Galilée, 1986.
- . *Mémoires pour Paul de Man*. París: Galilée, 1988.

- . “À Maurice Blanchot”. *Chaque fois unique, la fin du monde*. París: Galilée, 2003. 323-332.
- . “Maurice Blanchot est mort”. En Christophe Bident y Pierre Vilar. *Maurice Blanchot. Récits critiques*. París : Farrago/Leo Scheer, 2003. 595-623.
- . “Esa extraña institución llamada literatura. Una entrevista de Derek Attridge con Jacques Derrida”. *BOLETÍN del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. 18 (2017). 115-150. Traducido por Vicenç Tuset.
- Gerbaudo, Analía. *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958-2015)*. UNL: Santa Fe, 2024.
- Kafka, Franz. “La obra”. *Obras Completas III. Narraciones y otros escritos*. Ed. Jordi Llovet. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2003. 907-943. Traducido por Adan Kovacsics, Joan Parra Contreras y Juan José del Solar.
- Nancy, Jean-Luc. *Maurice Blanchot. Passion politique (lettre-récit)*. París: Galilée, 2011.
- Paulhan, Jean. *Les fleurs de Tarbes ou le Terreur dans les Lettres*. París: Gallimard, 1941.
- Roudinesco, Elisabeth. *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*. París: Fayard, 1993.
- Sartre, Jean-Paul. “Aminadab”. *Critiques littéraires. Situations I*. París: Gallimard, 2005 [1947].
- . “Un nouveau mystique”. *Critiques littéraires. Situations I*. París: Gallimard, 2005 [1947].